

Claves para un libro sin claves

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

Tengo que agradecer a Gabriel Cabrera me haya publicado unos apartes de mi libro **Las generaciones colombianas**; el cual seguramente proporcionó a quienes lo leyeron la realidad de unos pensamientos cuya potencia específica ambicionan crear una peculiar energía de cohesión en torno al fenómeno de nuestras generaciones. Es decir, que gracias a ese gesto de Cabrera pudieron tener mis ideas un trato vital y activo con lectores que derraman, por así significarlo, heterogeneidad, incluso donde huelga. Puesto que son simplemente lectores de periódicos; son los que, por lo menos para nosotros los ensayistas, no tenemos —aquí en Colombia— modo de atraer su atención permanente. Con todo, no seré yo quien lamente este aislamiento. Hay algo fascinante en ese hermoso concepto, y más que concepto, realidad, de poder y de arbitrariedad, de límite y de libertad, de ley íntima, de no ponerle cara de payaso a las masas, que la era de las multitudes ha inaugurado como claudicación espiritual. Sin embargo, volvamos a mi deseo de establecer una relación entre mi gratitud y un nuevo pensamiento, que, a la postre, define el terrible hecho de escribir. Es que dicha gratitud pública solo puedo concebirla si la pongo en relación con un pensamiento que quiero introducir con objeto de enfrentarlo a la crítica colombiana, o, por lo menos, frente a aquella que evitó que mi libro fuera víctima de un inmenso y deliberado vacío, dado que jamás he practicado la compinchería intelectual. Me explicaré: pretendo responder a los críticos de mis libros. Pero, precisamente, no así como así: quiero, en efecto, hacerlo con rigor, y por eso voy a crear una imagen conceptual, o sea lo que paso a llamar la **autotomía intelectual**.

No son estas vagas palabras. Resumen un hecho muy preciso. Por lo mismo, un hecho que conviene aclarar. El término autotomía califica —del griego **autos**, por sí mismo, y **tome**, sección—, designa una cierta mutilación espontánea que algunos animales practican en sí mismos, merced a una violenta contracción de los músculos, con objeto de escapar al animal que los ha capturado; se la observa particularmente entre los crustáceos, los insectos, las arañas y los reptiles. Después, el órgano mutilado crece de nuevo. Pues bien; no otra cosa es lo que debemos hacer los autores de libros con nuestros “críticos” siguiendo el ejemplo de aquellas existencias primarias. Esto es, dejar que el “comentarista”, y resulta muy obvio que sea de tal modo, destruya pensamientos cuyo cauce está bien delimitado. Y luego uno, ya a título de lector- autor, hacer crecer el pensamiento mutilado nuevamente. He aquí por qué escribo este ensayo. Al fin y al cabo, el escritor está condenado a no poder ser substancialmente tal si no logra, por lo menos en algunas de sus **facies** pensantes, acomodarse al estilo de su tiempo y de sus gentes.

Partiendo, en consecuencia, de la **autotomía intelectual** debo desarrollar, o mejor aún, dar respuesta a dos objeciones básicas a mi análisis de **Las generaciones colombianas**. Y desde luego ajenas a esas que se produjeron como producto de aquella ley secreta cuya esencia consiste en juntar desgarbadamente, en una u otra dosis, la manía de la falsedad interpretativa con el deseo de agradar a las opiniones reinantes, bien sean foráneas o nacionales. Pues en ellas, como en la Roma que siguió a Escipión Emiliano, tales glosas apenas sí producen otra cosa que “monstruos”. Solo que estos, y a diferencia de los romanos, apenas sirven en nuestro medio para asustar a su propia sombra. Por eso, insinuaba atrás que hasta ahora he hallado en las críticas de mi libro dos objeciones atendibles, a saber: que las generaciones no admiten una clasificación cronológica exacta, según la fecha de nacimiento de cada uno de sus componentes, fijando un intervalo de cada quince años y que, por lo mismo, mi larga enumeración de colombianos resulta a la postre, un trabajo “difícil y aventurado”. Fuera de que se me escaparon, agrego yo, los nombres de dos o tres colombianos verdaderamente notables. Así, pues, no me queda otro camino que volver a crear —**autotomía intelectual**, no se olvide— el órgano conceptual de mi pensamiento generacional mutilado. ¿Qué o por qué se justifican estas listas? ¿Cuál, en verdad, es su importancia? ¿Cómo deben leerse? ¿Hasta qué altura llega su cronología?

Estos interrogantes tienen respuestas más sencillas de lo que parece. Es innegable: para que se entienda bien lo que en mi libro una generación significa, comenzaré por afirmar que ella no consiste en el resultado de ciertos nombres —comparados o no— previamente existentes, ante los cuales —dicho sea de paso —nos podemos sentir conmovidos con su poder tronante y relampagueante, sino la especificación de una división anterior y creadora de unos hombres concretos; no son los nombres los que forman las generaciones. No, de ninguna manera: es la generación quien forma el nombre. Ello quiere decir muchas cosas importantes, pero citaré solamente una. Que los actos de los hombres, si se les analiza generacionalmente, son el resultado de la generación entera; y no solo de ella, claro está. Sino de las otras dos que le sirven de frontera. De ahí que en trabajos como el mío no cabe la biografía, y de ahí que tuviera que soportar, también sea notado un poco al margen, el disgusto de uno u otro caballero por no haber incluido su respectivo *curriculum vitae*. ¡“Oráculo de Balam, hijo de Beor”!... Cosa que explica por qué ni siquiera los grupos, como el Nadaísmo o Piedra y Cielo, dan margen para afirmar que cada uno constituye una generación. Pues una generación es mucho más abundante, más enérgica y más rica que cualquier minúscula agrupación —si bien importante como categoría literaria, pongo por caso—. Otra cosa es que entre los grupos que conforman una generación haya endósmosis y ósmosis constantes, juntamente debido a que aquella lo facilita. La generación es, por consiguiente, una estructura social, en la cual se incluyen todos los hombres nacidos entre dos fechas dadas. Sean presidentes de la república o meros albañiles. Cada uno de ellos juega su papel, y muchas veces esencial; pero tomados separadamente son incapaces de asegurar la unidad total de la generación. ¿Qué sería de ella, en efecto, si súbitamente perdiera ese carácter estructural? Acogiéndome a una metáfora errabunda, yo expresaría esto mismo, haciendo ver que cada generación baila, como los trovadores, “entre santos y prostitutas, entre Dios y el mundo”. Lo cual me lleva, asimismo, a afirmar que las generaciones se definen también como funciones sociales; funciones que en gran parte determina la cronología. Y ya encontraremos la razón.

Mas aquella riqueza trae otra consecuencia cuando se le estudia. Me refiero a su **visualización**. Sin ella no obtendríamos conciencia de las generaciones. Pero ¿qué significa acá **visualizar**? Sabido es que esta consiste en el conjunto de procedimien-

tos que nos permiten obtener la imagen de objetos de tamaño inaccesible por nuestros métodos ordinarios, ya se trate de micrones o de remolinos de galaxias. Por ejemplo, el ojo humano solo percibe una pequeñísima banda comprendida entre el violeta y el rojo. Así, la pupila es incapaz de ver lo demasiado pequeño, como lo que hay excesivamente lejos. Y por eso hemos tenido necesidad de agregarle unos sentidos artificiales: con el microscopio (el electrónico va hasta los 150.000 aumentos) y el telescopio. Aquí es donde interviene la **visualización**. O todavía mejor: es la visualización misma. Y su secreto consiste en que trueca en imágenes —pantalla, plaqueta o fotografía—, a la escala de la visión humana, un mensaje codificado. Si observamos microorganismos al microscopio vemos una imagen; esto es, hemos visualizado algo inconocible a simple vista. Lo hemos, en una palabra, colocado a la altura de nuestra comprensión. Muy semejante a este procedimiento de la ciencia contemporánea es la **visualización** de esas **estructuraciones acumulativas** que se llaman generaciones. Y, ciertamente, mis listas, o como se les quiera llamar, no tuvieron otro origen. O sea que me encontré ante una necesidad insoslayable de visualización histórica, es decir, de **conocer** a las generaciones colombianas con objeto de poderlas estudiar. Cosa que, a su vez, originó en mi libro tres cosas: primera, haber construido esa larga “lista” de nombres; segunda, haberlas incertado en un capítulo que titulé **estática generacional**, y tercera, haberlas ordenado cronológicamente.

Ahora bien; si los críticos de mi libro hubieran reparado siquiera en el título bajo el cual alojé mis listas —“estática-generacional”—, si hubieran advertido más adelante, tan solo, o que, en el capítulo de **Theoría e Historia**, descubro las realidades de **bigeneración** y **exageneración** no hubieran llegado a obtener conclusiones falsas. Como esa de que supongo a cada generación un producto exclusivo y típico del tiempo, haciendo que el mundo empiece con una tanda humana y termine cuando ella ha dado de sí cuanto es posible. O, precisamente, la que aquí quiero destruir, esto es, que las generaciones no admiten una clasificación cronológica exacta. Claro está que la admiten. Por que todo aquello de la “estática generacional”, seguido de un capítulo sobre “dinámica generacional” —nótese bien: **dinámica**—, y de las **bigeneraciones** y **exageneraciones**, así como de una multitud de observaciones y teorías desparramadas en el texto, hacen pensar en que las fronteras cronológicas de las generaciones van más allá de tales fronteras cronológicas. Aunque, por unas de sus

caras, no puedan pasar, ni se les deba hacer pasar. Ciertamente que de la crítica en nuestra república de bahareque se podría afirmar que es una perpetua delincuente. O dicho con otras palabras: que sus análisis, salvo una o dos excepciones, se basan en coartadas inconscientes. Mas esto, es decir, los riesgos de una crítica exclusivamente imaginativa lejos se halla de justificar el hecho de colocar un pensamiento **en lugar de otro**. Obviamente tal colocar no equivale a convertir una cosa en signo o símbolo de otra, cuando se obtiene una relación significativa o simbólica, aquello que los latinos llaman **aliquid stat pro aliquo**. En este sentido, las palabras que designan a los números —para traer un ejemplo canónico— han sido siempre **signos** de los números. No; llanamente semejante substituir suplanta arbitrariamente una cosa por otra. Yo, en efecto, hice una rigurosa clasificación cronológica de las generaciones; pero de allí no extraje ninguna de las conclusiones que se me atribuyeron. Porque no hay tal: en ningún momento mi libro sugiere, por fas o por nefas, que cada generación equivale a una lista muerta, “estática”, de gentes, de dómynes nacionales aprisionados entre dos fechas. Ni que el joven —pensamiento este tan representativo del magín de algunos, donde, por lo mismo, caben todos los pensamientos y ninguno está a gusto— siempre debe seguir al viejo. Solo en los antiguos libros retóricos, lo mismo que en ciertos estamentos de nuestro inefable “país de la cornucopia”, ve uno que el joven aprende del viejo. Por eso al joven le cuesta trabajo ser joven, como apuntó, con otro motivo Alvaro Gómez Hurtado, un político que conoce, al revés de muchos políticos nacionales, el secreto de la auténtica política. O sea saber que en esta no arremete el trotón.

Mas con todo esto no hago sino recordar el grito de aquella testa lampiña como un yunque, patética e insolente como no se sabe qué oculto símbolo de eternidad, hermosamente brutal como una gigantesca cariatide, la de nuestro extraordinario (1) Alzate Avendaño, grito ese cuya fuerza batía siempre la enclenque osatura de nuestra nación supersticiosa. Ciertamente, Alzate solía recordar, con otro fin claro está, que nada es más conflictivo que una frontera. Conste, pues, lo que quise decir con mi **theoría** de las generaciones colombianas. Es que en la historia cada fecha, cada cronología se transforma sin desaparecer. Así, bien se podría afirmar que a cada generación la historia le otorga el carácter abierto de posibilidad de futuro, y a este, merced a la cronología, la estabilidad del presente.

Entonces, tenemos que aceptar, querámoslo o no, que el proceso de las generaciones es el **examen rigorosum** de la Historia. De suerte que una generación, señores “críticos”, no es historia por ser cronología, sino que es cronología porque es historia. Salvando, en consecuencia, los términos de la contradicción se podría afirmar que toda generación conquista su límite cronológico a fuerza de extralimitar su cronología. Por eso las generaciones tienen histórica; en cambio, los individuos no. Pues son los que tienen biografía. No lo dudeis: ello se debe a que el hombre —ese “residuo de Dios”, ¿no o sí?— será eternamente un ser dotado de una cabeza jónica. “¡Levantaos, esclavos: Juntos, todos Levantaos!”. Levantaos por lo menos del mundillo de las relaciones primarias.

N O T A

1) He aquí una expresión tan vaga como vulgar dentro de la vida colombiana cuando se habla o escribe sobre un “hombre público”. Este vocablo expresa un principio del mismo valor para la historia de las élites del país como el que tendría el siguiente, si es que alguna vez a alguien se le ocurriera expresarlo públicamente: la importancia de la guayaba consiste en ser... guayaba. Lo cual quiere decir, en buen o mal romance, y a parte de que el concepto de grandeza aplicado a nuestros grandes hombres está por descubrir, que esta no se puede confundir con los “ripios funerarios”. Limitándome a Alzate, hay que afirmar, entonces, que no fue jamás un hombre de mentalidad endomingada, al cual tenemos que ver ahora perfecto. Todo lo contrario. De él sí que se podría decir, y con elogio absoluto, aquello que afirmó de otro gran colombiano: o sea que el país tuvo que conocerlo, soportarlo, admirarlo y combatirlo. Y digo esto porque ahora veo que, por enésima vez, se exhuma —a propósito de su obra— la dialéctica curialesca, esa de creer que la muerte de una de las cabezas del notablato nacional ocasiona siempre una “tremenda frustración nacional”. Entendamos la cosa muy bien. La vida de nuestro país no termina ni se frustra con la muerte de uno de sus “caudillos”. ¡No faltaba más! Todo lo contrario. Ella continúa; no solo porque únicamente lo eterno —como escribía Kierkerkard— es lo presente, sino porque la grandeza que tuvieron —y en ese sentido, tienen— estos eximios varones lo permite. Y lo permite aún para combatir sus ideas. Por ejemplo, Alzate elevó a la categoría de una magnífica y bizarra herencia civil la circunstancia de que, en el siglo XIX, “los antepasados” se hubieran batido por tesis, encendiendo “las fogatas del vivac bajo el imperio de contrapuestas doctrinas”. Pero eso, no obstante lo subido de la tesis, es radicalmente falso. Esas guerras civiles, por tantos años revestidas de oropeles y de himnos, constituyeron, esas sí, una verdadera y enorme frustración nacional. Hay que ver —como lo anota en su último y muy documentado libro Miguel Urrutia— las pérdidas que ellas trajeron para la economía nacional; para no hablar sino de uno de sus aspectos. Dejémonos, pues, de historias...